

PERFILES HUMANOS

DARWIN

Por: Ana Mayayo y Aldemaro Romero

Darwin, el hombre que construyó una de las más revolucionarias teorías de la ciencia, era, sin embargo, muy apacible y siempre quiso mantenerse al margen de la intensa polémica que causaron sus ideas sobre la evolución.

Darwin, nacido en Shrewsbury, Inglaterra, el 12 de febrero de 1809, tenía un apellido con mucha historia en el campo de la medicina. Su abuelo ya fue afamado médico y quien, además, interesó a su nieto Charles por la Historia Natural, intuyéndole sobre algunas ideas que luego le serían de gran utilidad a la hora de comprender la evolución de las especies.

Por ello no es de extrañar que a pesar de las ideas de su padre —también médico— que se empeñó en que el joven Charles estudiase medicina y teología —cosa que terminó haciendo—, el muchacho en realidad lo que le gustase fuera el estudio de la Naturaleza, participando desde su niñez en excursiones por el campo con el fin de recoger rocas y animales diversos.

Cuando Darwin contaba con 22 años, se le ofreció la posibilidad de participar en una expedición científica a bordo del *H.M.S. Beagle*, que tendría como objetivo el estudio científico de las costas de América del Sur, Nueva Zelanda y Australia, proyecto al que se opuso su padre, ya que deseaba a su hijo un futuro como ministro de la Iglesia y no como aventurero. Sin embargo, un tío de Darwin intervino, y éste pudo ser contratado en calidad de naturalista, si bien sin retribución de sueldo alguno. A pesar de ello, y de que la expedición duraría cinco años, Darwin se embarcó con mucho entusiasmo.

Sin embargo, no era un hombre hecho para navegar, ya que apenas zarparon padeció de continuos mareos y vómitos, dolencias que le acompañaron durante toda la expedición y cuyas consecuencias pagaría hasta el día de su muerte, en 1882, ya que fue siempre un hombre muy aquejado en su salud.

Por aquel entonces, se suponía que todas las criaturas vivientes de la Tierra habían sido creadas directamente por Dios, y que si algunas habían desaparecido —tal y como se podía comprobar por el estudio de los fósiles— era debido a gigantescas catástrofes naturales que habían ocurrido en tiempos remotos. Sin embargo, Darwin había leído los trabajos de un geólogo contemporáneo suyo, Lyell, al cual se le hacía poco caso por entonces, pero que demostraba cómo la superficie de la Tierra había ido cambiando

gradualmente, y no de manera brusca, a lo largo de la historia. ¿No sería esto, pues, lo que también habría ocurrido con los seres vivos?

Esta idea le rondaba a Darwin en su cabeza y el viaje del *Beagle* le serviría para acumular pruebas a favor de la evolución biológica, y presentarlas con suficiente consistencia tal y como el geólogo Lyell presentaba las suyas relativas a la evolución de nuestro planeta.

Por ejemplo, al llegar a las islas Galápagos pudo observar cómo una especie de pájaros pinzones se adaptaban de manera diferente a los diferentes ambientes que reinaban en las distintas islas de aquel archipiélago. Pensó que no se trataba que las variedades de pinzones habían desarrollado por sí solas características especiales para adaptarse mejor al ambiente, sino que había habido alguna «selección natural» que habría hecho que aquellos pinzones que se adaptasen mejor a uno u otro ambiente sobrevivieron, y los otros no. Por ejemplo, si en un sitio el alimento básico era el grano, sobrevivirían mejor



aquellos individuos mejor dispuestos a tal tipo de alimentación, quienes transmitirían a sus descendientes dichas características.

Con estos y muchos otros datos, Darwin comenzó a trabajar en su teoría, pero quería tenerla tan bien hecha que no pudiese dar lugar a polémicas agrias en las que él no quería entrar. Por ello su trabajo se fue retrasando años y años, a pesar de la insistencia de sus colegas para que diese a la luz pública sus teorías, ya que ellos sabían que por entonces otros sabios trabajaban en lo mismo, y sería una pena ver

que los años de investigaciones de Darwin no fuesen reconocidos por la extremada lentitud de éste en difundir su teoría.

Cuál no fue la sorpresa de Darwin cuando en 1858, es decir, 47 años después de que comenzase su viaje de investigación, recibiera de un oscuro naturalista llamado Wallace una carta en la que se incluía un documento... ¡con las mismas ideas de Darwin!, aunque más escuetas, y pidiendo consejo sobre las mismas.

Esa fue la señal. Darwin comprendió que aunque tuviese que enfrentarse con las más severas críticas tenía que dar a luz su teoría, y en un rasgo de verdadera nobleza se ofreció a Wallace para publicar en revistas conjuntamente sus ideas. Es más, cuando salió el libro de Darwin «El Origen de las Especies» (1.250 ejemplares que se vendieron el mismo día), éste hablaba maravillas de su colega Wallace, dándole el mérito que se merecía.

A pesar de lo documentado de su obra, Darwin se vio envuelto en la polémica, y no quiso intervenir; no así sus colegas que le defendieron arduamente contra hombres de ideas más conservadoras.

Así, seis meses después de la publicación de su obra tuvo lugar una sesión científica en la que se enfrentaron el naturalista T. H. Huxley, defensor de las ideas de Darwin, y el hábil obispo Wilberforce, ante una audiencia que rebotaba de interés y pasión entre los 1.000 presentes. En un momento de la discusión se levantó el obispo quien durante media hora lanzó todo tipo de burlas a Darwin y Huxley y, finalmente, dirigiéndose a Huxley le preguntó si le sería indiferente saber el que su abuelo había sido un mono, a lo que Huxley respondió que preferiría que su abuelo hubiese sido chimpancé a que se tratase de una persona que utilizaba sus dotes para destruir todo lo que creía que no se ajustaba a sus ideas, sin intentar escuchar las pruebas que otros aportaban, lo cual era una clara alusión al obispo.

Desde entonces viene aquella célebre frase de que «el hombre descende del mono», cosa que nunca dijo Darwin entre otras cosas porque él sabía que eso no era verdad: en el mejor de los casos el hombre y los demás simios tendrían un origen común, pero cada uno había llegado a ser lo que era como producto de esa «selección natural» postulada por el sabio inglés.

Reproducción fotográfica: J.M. BLANCO
Dibujo: O. MAYAYO